encontró á un filósofo : — Al naufragar, he llegado al puerto.

De todos los hombres de mi generación, nunca he sabido si era á él al que más compadecía ó al que envidiaba más.

Diciembre 1898.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

EL LUJO DE LOS DEMÁS

I

UN MATRIMONIO PARISIENSE. — EL MARIDO

Si leéis varios periódicos — ¿y quién no tiene ahora esta funesta costumbre de perder una hora por la mañana y otra hora por la tarde buscando, en una media docena de noticias, las mismas informaciones inexactas, los mismos sofismas apasionados y las mismas inicuas parcialidades? — habréis encontrado cien, mil veces, los nombres de la señora y el señor Héctor Le Prieux! Una y otro figuran con justo título en la primera categoría de lo que se ha convenido en llamar las « notabilidades parisienses » : él, como uno de los veteranos de la crónica del boulevard y del folletón teatral, y ella, aunque esposa de un simple periodista, como una mujer á la moda que da grandes cenas, citadas en los periódicos, y que no falta nunca ni á un estreno, ni á una apertura de exposición; en una palabra, á ninguna de las ceremonias en las que desfila ese « Todo París » indefinible y especial con que sueñan los provincianos y extranjeros. Este « Todo París » no es el mundo; los elementos que le forman son demasiados complejos para que esta heterogénea mixtura pueda representar nunca ni de cerca ni de lejos á la sociedad. Es un mundo, sin embargo, que tiene sus exclusiones, sus costumbres, su jerarquía. La « hermosa señora Le Prieux », como todavía se la califica á pesar de sus cuarenta años, sería en él seguramente

una de las reinas, si esta realeza se otorgara, á juzgar por la frecuencia de las menciones que de ella se hacen en las revistas de esta exhibición casi diaria; pero ser célebre, se ha dicho, es ser desconocido de mayor número de gente, y esta aparente paradoja es verdad por lo que respecta á esta celebridad parisiense, y á todas las demás. ¿Os habéis puesto á pensar alguna vez en el matrimonio que pueden hacer dos seres como los Le Prieux, lanzados así en el torbellino de París, cuando se lee casi á diario el nombre de la mujer en una nota de « el gran mundo » y el del marido al pie de un artículo? Si así es apuesto á que las visiones siguientes se evocan ante vosotros. « Á él os le imagináis según el tipo legendario del boulevardier », marido de felicidad mediana, más ó menos vividor, jugador, duelista, siempre entretenido entre los bastidores de los teatrillos ó en los garitos; á ella os la figuráis según el tipo no menos legendario de la parisiense de las novelas elegantes, evaporada hasta el mal tono, si por acaso no la concebís coqueta hasta la galantería. Creeríais cualquier cosa de ella, excepto que la brillante bohemia de semejante pareja pueda asociarse legítimamente á la idea de un hogar y de una familia, y claro está que pensando así — es el destino de casi todos los juicios que proceden por vastas clases — teneis razón y sinrazón á la vez, os equivocáis respecto de las personas, pues Héctor Le Prieux, á pesar de ser periodista, representa perfectamente el mejor de los maridos que jamás inquietos burgueses hayan deseado para sus « señoritas », y en cuanto á la señora de Le Prieux, es, desde el punto de vista del honor, la más irreprochable de las mujeres, pero estáis en lo cierto respecto al principio, respecto de las pocas probabilidades de dicha seria y sólida que puede ofrecer la vida conyugal practicada en tales condiciones y en tal medio. En efecto, el matrimonio de los Le Prieux reposa sobre una anomalía que es preciso explicar para hacer inteligible el pequeño drama sentimental de estas primeras reflexiones, y las que van á seguir forman el largo pero necesario preámbulo. Además, contar la historia de esta pareja es dar á este relato, de una simple anécdota,

su pleno valor de enseñanza social. La recíproca situación de la señora Le Prieux y de su marido no tiene nada que ver con la profesión un poco excéntrica de este último, pues aunque la supusiérais, ganando á la bolsa, en el comercio ó en la industria los sesenta ó setenta mil francos por año que le producen sus abrumadoras tareas de periodista á la moda, la singularidad de sus relaciones con su mujer sería exactamente la misma. Este extraño matrimonio cuya roedora llaga es, según se verá esta enfermedad completamente contemporánea, la enfermiza, la apasionada preocupación del lujo de los demás, no es una excepción sino por las circunstancias. Este deseo de brillar hasta el último límite de sus medios, este afán de abandonar su propia clase, de igualar sin cesar y á cualquier precio en sus maneras de vivir, en sus comodidades, en sus placeres á los que inmediatamente nos aventajan, ¿qué es sino un caso particular de la gran degeneración democrática? Se siente cierto escrúpulo en emplear tan graves fórmulas cuando sólo se trata de una aventura harto vulgar y de gentes que se creen á sí mismas completamente sencillas, pero cuando se reflexiona en ello, se ve que los grandes movimientos que registra la historia no son más que eso : una suma indefinidamente multiplicada de minúsculas costumbres individuales, como una inmensa marea no es otra cosa que el empuje hacia adelante de varios millares de minúsculas ondas.

En el momento en que comienza el drama, sin grandes acontecimientos y sin embargo trágico, á que acabo de hacer alusión, es decir, en el mes de enero de 1897, el matrimonio Le Prieux tenía ya veintitrés años de fecha, pues Héctor, que en aquel tiempo se llamaba Leprieux en una sola palabra, antes de figurar en los « Ecos del gran mundo » — se había casado con la señorita Matilde Duret en 1874, boda que hubo de celebrarse en condiciones modestísimas que estaban lejos de anunciar las futuras elegancias de la « hermosa señora Le Prieux » — en dos palabras, — pues apenas si cada uno de los dos periódicos en que el escritor colaboraba entonces, mencionó la ceremonia, discreción solicitada por el mismo

Héctor, deseoso de evitar toda alusión al desastre todavía reciente en que cayera el padre de su novia. ¡ Tantas aventuras de este género han sucedido desde entonces ! Nadie seguramente recuerda hoy á aquel audaz Armando Duret que, en la víspera y al día siguiente de la caída del Imperio, manejaba tan vastos y arriesgados negocios, que fundó el *Crédito Departamental*, exhibió un lujo tan insolente, fué socio comanditario de tantos periódicos y acabó de un modo siniestro, en un horrible escándalo, por la ruina y el suicidio. La viuda y la hija de este especulador fracasado, consiguieron, á fuerza de grandes trabajos, realizar después de su muerte una renta de 4.000 francos, lo justo para no morir de hambre, entre algunos muebles escapados al martillo del tasador del Hotel de Ventas. Por su parte la doble colaboración de que ya he hablado, aseguraba á Héctor 5.000 francos anuales, á saber : en uno de sus dos diarios tenía el empleo de cronista judicial ó sea 2.400 francos y en el otro daba, bajo un pseudónimo, un correo de París bi-semanal ó sea, á 25 francos, el artículo, 2.600 francos anuales; tres granjas arrendadas á medias en la participación de las utilidades que había tenido la prudencia de guardar en el Borbonés, su país de origen, representaban la parte menos aleatoria de sus ingresos, pero era la más pequeña, pues sólo le valía un año con otro 900 francos. Estas cifras bastaban para explicar porqué se decidió que los jóvenes esposos habitaran con la madre. Las dos mujeres demostraron al escritor, profundamente ignorante de las cosas de la vida material, que había en esta combinación familiar una certidumbre de economía, pues la viuda de Duret insistió sobre todo en la necesidad de ahorrar la compra de mobiliario nuevo. Hasta el día de su enlace, Héctor vivió en una habitación alquilada en un hotel de la calle de los Mártires, cerca de sus dos oficinas de redacción.

— ¡ Mamá es tan buena ! Ella me cederá su salón para *mi día*... había dicho Matilde con un reconocimiento que enterneció al enamorado hasta hacerle derramar lágrimas, en vez de haberle hecho advertir esta simple frase la idea que de su común porvenir tenía ya

su prometida. ¿Pero de dónde había de aprender este joven, que no sabía el verdadero precio de nada, la interpretación más difícil todavía de los caracteres? Huérfano de padre y madre, no tenía á nadie que le dibujara de antemano la curva de su porvenir conyugal y le indicara las grandes consecuencias que tendrían más tarde las pequeñas faltas de táctica cometidas al principio de su unión. Todo contribuía á hacer de él el esposo esclavo que habría de ser durante toda su vida, sin darse siquiera cuenta de ello : primero esta soledad, después su educación, su complexión de espíritu y de sensibilidad, todo, hasta su raza, hasta sus antecedentes hereditarios de temperamento, tanto más fuertes en nosotros cuanto que apenas tenemos conciencia de ellos...

La señora Le Prieux.

He dicho que Le Prieux — aceptemos de una vez para siempre el semiennoblecimiento de este *Le* separado — es originario del Borbonés. El nombre solo revelaría esta provincia. En el dialecto del centro de Francia se llama todavía hoy un *prieux* ó un *semoneux* al campesino que tiene buenas explicaderas y que se encarga de ir de cabaña en cabaña á llevar las invitaciones para las bodas. ¿Fué acaso desempeñado este papel de mensajero del

campo por alguno de los rústicos antepasados de Héctor, dotado de una facundia particular? Los modestos archivos de Chevagnes, el pueblo natal del periodista, nada dicen de esto, pero, en cambio, atestiguan que los Le Prieux son conocidos en Chevagnes donde hace varias generaciones bajo este mote que más tarde se convirtió en nombre patronímico. Allí deben haber residido siempre porque con su cabeza más ancha que larga, su cara casi aplastada y que termina una barba redonda, con sus cabellos lisos que permanecen castaños al encanecer, sus ojos pardosos, su cuello potente, su recio torso, la talla corta y toda su persona pequeña y rechoncha, su descendiente presenta un tipo perfecto de ese campesino celta que ocupó esta parte de Francia en la época en que César apareció en ella. Es una raza autóctona, cuyos rasgos morales se conservan sorprendentemente iguales á través de la historia : una inteligencia despierta, sin gran imaginación creadora, una voluntad paciente, pero sin iniciativa, ó sea lo de que los sabios de hoy llaman el espíritu gregario, la tendencia á no obrar solos y á sentir como una necesidad la de ser dirigidos. De cierto os digo que tales características son de una generalización arriesgada; sin embargo, los anales de la Auvernia y del Borbonés parecen demostrar abundantemente la exactitud de estas... Por lo que respecta á esta última provincia, ya que de ella estamos tratando, á propósito de uno de sus más humildes hijos, el predominio del elemento céltico imprime una evidente unidad á su historia. ¿Qué ha salido de allí durante el período de la edad media y del antiguo régimen, cuando la independencia local permitía un florecimiento más libre de las personalidades? Casi ninguno ó muy pocos grandes hombres de guerra, casi ninguno ó muy pocos artistas, cual si á la vez la raza repugnara lo que tales hombres entrañan de excesivo. Por el contrario, los genios prudentes, los hombres de ley y los hombres de Iglesia, han pululado allí. Cuando se es de un país, en el grado en que Héctor Le Prieux lo es del suyo, las cualidades y los defectos de este país reaparecen siempre aun cuando se frecuente un medio donde se ejerza un oficio opuesto, según se cree es esta influencia del suelo ancestral. Releed ahora uno de sus folletines dramáticos ó una de sus charlas parisienses y encontraréis allí prudencia de espíritu y cautela, juicio y timidez, exactitud sin brillo y una sabiduría un poco pobre. Es un talento que ha dejado de tener audacia demasiado pronto, y un carácter que se ha sometido demasiado temprano también.

Si en Héctor una pasividad de alma completamente hereditaria, explica que, en efecto, la dirección de su hogar haya debido pertenecer inmediatamente á su mujer, se impone, no obstante, un enigma que debe resolverse antes de mostrar esta manumisión de la señora Le Prieux sobre los hechos y actitudes de su marido : ¿por qué éste, con esa carencia de espíritu emprendedor, ha escogido, entre tantas carreras oficiales y seguras con sueldo fijo y retiro, que se ofrecen al francés de nuestro tiempo, la más azarosa, la más fecunda en eventualidades, la menos conforme con las prudencias burguesas? Es que aun aquí, cuando parecía dar una prueba de osadía y de originalidad, nuestro joven había demostrado sencillamente su docilidad á las influencias y su escasa confianza en sus propias fuerzas. He aquí cómo : el más inesperado de los azares quiso que el padre de Héctor, establecido en Chevagnes en calidad de médico, renovara su amistad en el balneario de Bourbon-Lancy, muy cercano, con uno de sus antiguos compañeros de hospital establecido cerca de Nohant y que curaba á la sazón á Jorge Sand. Invitado á venir á Chevagnes, el doctor berrino habló mucho de su ilustre cliente ante Héctor, que entonces terminaba sus estudios de retórica en el liceo de Moulins, y que, como todos los colegiales de su edad, componía secretamente malos versos. Admirador apasionado de *Lelia* y de *Indiana*, el adolescente tuvo á consecuencia de esta conversación la primera audacia de su vida. El presente relato contará la segunda. ¡Se atrevió á escribir á la buena dama de Nohant una epístola en la que le pedía consejos respecto á la dirección de sus ideas religiosas! Jorge Sand, con esa admirable generosidad de pluma que conservó hasta

el fin, á pesar de la sobrecarga de sus trabajos, respondió al escolar. Ni remotamente sospechaba ella que las cuatro páginas de su carta, escrita con aquella letra redonda y un poco caída de sus últimos años, ejercerían en el porvenir de su corresponsal improvisado la más funesta influencia. Él respondió y, más osado esta vez, envió sus versos. La antigua amiga de Alfredo de Musset era tan entendida en la gaya ciencia como en política; en cambio sobresalía en escribir novelas y compuso una á propósito del joven versificador borbonés, únicamente porque éste había puesto en medianas estancias una pintoresca leyenda local. Ella le veía inaugurando en Francia esa poesía rústica y provincial cuya quimera acariciara siempre, y le alentó con elogios ¡ esos imprudentes y peligrosos elogios de que los artistas gloriosos no son bastante avaros, y cuyo alcance sobre la imaginación de los jóvenes principiantes no aciertan á medir! Un viaje á Nohant, donde fué recibido por la famosa escritora con la más cordial sencillez, acabó de trastornar la cabeza de Héctor que creyó en su porvenir de poeta. El resultado fué que en vez de empezar, al salir del colegio, sus estudios de medicina, como deseaba su padre, solicitó que se le dejara estudiar la carrera de derecho pues veía en ello una ocasión de hacer trabajos menos precisos y que se conciliaban mejor con sus secretos deseos. Después, como su padre muriera, casi al poco tiempo, el huérfano, libre en el manejo de su fortuna — había perdido á su madre en la niñez — vendió lo antes posible el modesto capital que le dejara el práctico de Chevagnes. En este primer fervor de esperanza, las tres granjas, que más tarde debían constituir la parte más sólida de su fortuna, fueron salvadas á causa de la dificultad en rescindir las escrituras de arrendamiento. Los estudios de derecho inaugurados en Dijon, fueron abandonados por economía, y poco tiempo después el alumno de Jorge Sand se estableció en París para hacer allí la vida de candidato á la gloria literaria.

Este suceso — pues el éxodo del joven Le Prieux hacia París produjo sensación en todo el cantón de Chevagnes, donde el difunto doctor contaba tantos pretendidos

primos, es decir, clientes casi gratuitos como la Soloña borbonesa cuenta de cabañas, — este suceso, pues, se verificó en 1865 y el resultado de todo ello fue lo que presentís: una vez más Ícaro quemó al fuego de la realidad la cera de sus imprudentes alas. En 1870, en la época de la guerra, durante la cual cumplió valiente y sencillamente con su deber, Héctor había publicado á sus expensas dos volúmenes de versos: las *Retamas de los Brandes* y las *Rondas Borbonesas*, además de una novela: *El Rossigneu* — es el nombre en el dialecto borbonés de los bueyes de color rojo — todo ello compuesto con ese preconcebido color rústico y provinciano, una especie de convención particular de los escritores que llegan á París para ser allí de su tierra. De las tres obras se había vendido una con otra ciento cincuenta ejemplares. En el interin el autor había aprendido á sus expensas lo que ocultan de positivismo brutal, de vanidad implacable, de innoble cálculo, las pomposas declamaciones ó las fantásticas paradojas de la bohemia artística. Pasando por rico — y rico era efectivamente por comparación — en los cenáculos del barrio Latino y después de Montmartre, donde sus aspiraciones literarias le con-

Le Prieux.

dujeron naturalmente, el provinciano hubo de conocer bien pronto las numerosas variedades de sistemática explotación que la jerga de las cervecerías designa con el nombre guasón y familiar de *sablazo*. Él había sido el camarada complaciente que no puede entrar en un café sin que cinco ó seis parroquianos se vengan á su mesa para levantarse después de largas disertaciones de alta estética, dejándole para pagar innumerables copas, cuyos platillos se apilaban en monumentales columnas; sin perjuicio de que al día siguiente, cuando el anfitrión de la víspera abre la puerta del café, oiga á los delicados estetas ejecutar su obra y su persona con un « ¡ eso no vale nada ! » que se hunde como una fría cuchilla en lo más delicado de su amor propio.

Le Prieux había sido además el « primo » que toma veinticinco luises de acciones de una Revista destinada á « *defender á los jóvenes* » donde más tarde encuentra algún artículo de cruel burla en que se reconoció, con el resentimiento de haber pagado su propio « palo » como otros pagan su propio elogio. También fué, y no una vez sino veinte, cincuenta, el Mecenas, al principio conmovido, después intimidado, que empieza por abrir su bolsa á los mendigos profesionales de las letras, sufriendo más tarde el ultraje de los pillos de quienes no quiso seguir alimentando la orgullosa é impotente holgazanería... ¿Más para qué enumerar miserias tan comunes que se han hecho de uso corriente?

Lo que es menos vulgar es que el joven que las sufre no pierda en ellas la justeza de su sentido social.

Por fortuna, mientras Héctor se esforzaba en revelar, en una prosa y en versos sistemática y laboriosamente ingenuos, esta poesía del terruño natal que cometió la locura de abandonar, este terruño trabajaba en él sin él saberlo. La cauta prudencia de sus abuelos campesinos interpretaría bien estas extrañas experiencias de las cuales sacó, por un obscuro é irresistible instinto de conservación, una visión clara de las condiciones en que le era preciso vivir, adivinando el más seguro medio de acomodarse á ellas. Durante esta cruel campaña de 1870, hubo de hacer bajo la tienda y después en

Alemania donde estuvo prisionero, muy serias reflexiones. Viéndose llegado sin resultado alguno casi al término de su pequeño capital, comprendió que su sueño de gloria inmediata era una quimera. Se juzgó como poeta y como novelista y, aunque conservaba *in petto* una secreta complacencia hacia sus ensayos de juventud, trató de alejar la realización de su ideal. Se veía á los veinticinco años sin títulos, sin protecciones, sin carrera emprendida y se dijo que era preciso hacer dos partes en su vida : la del arte y la del oficio. Ahora bien, oficio por oficio, comprendía que el de la literatura valía tanto como cualquiera otro desde el momento en que era practicado con las virtudes de labor asídua y de puntualidad que son necesarias en todas las profesiones. Y este fué precisamente el rasgo de buen sentido de su herencia campesina. Pensó entonces que un gran periódico no es, después de todo, más que un vasto taller comercial el cual supone cierta cantidad de trabajo positivo, ejecutado regularmente, y resolvió ser uno de esos buenos obreros de uno de esos talleres, manteniendo su palabra con una paciencia de procedimientos y un método no menos dignos de aquellos cultivadores cuya lenta y sagaz energía se encontraba en él bajo la forma más imprevista.

Su primer cuidado fué el de aprovecharse de la forzada dispersión de los grupos literarios de los cuales había formado más ó menos parte, á fin de aislarse de casi todos sus antiguos compañeros; después, acordándose de haber pasado algunos exámenes de derecho, tuvo el valor de completarlos con objeto de poder inscribirse en el foro y desde allí postular en algún periódico del boulevard un puesto de cronista judicial, el cual obtuvo gracias á uno de esos amigos de cervecería, que también había entrado razonablemente en la prensa.

La exactitud con que Héctor llevaba su original, la precisión y claridad de sus informaciones, seriamente hechas, y la amenidad de su carácter, hicieron que todos al punto le apreciaran en este primer periódico. El redactor en jefe habló de él en términos encomiásticos al propietario de dicho periódico, que no era otro que Duret,

el cual ambicionaba rodearse de instrumentos humanos, de buenos y seguros secretarios que le fueran inteligentes colaboradores en la fortuna política que contaba edificar sobre su fortuna financiera, y quiso conocer á Le Prieux. Así es como entró Héctor en calidad de ínfimo reporter, apenas remunerado, y por la escalera de servicio, en el principesco hotel que Duret poseía entonces en la avenida de Friedland, agradando inmediatamente al especulador quien, sorprendido por su lucidez de espíritu, proyectaba hacer de él un confidente de negocios. Las trágicas circustancias ya conocidas y la bancarrota del *Crédito Departamental*, interrumpiendo bruscamente la fortuna de Duret y empujándole al suicidio, parecían deber poner fin á toda relación entre Le Prieux y los supervivientes de este desastre. No ocurrió nada de esto, se puso al servicio de la pobre viuda que se consideró muy feliz de encontrar, en medio de esta espantosa ruina, la abnegación de este modesto colaborador judicial. El joven prodigó sus servicios, con el fervor de una admiración ardiente, por la hermosa y desgraciada Matilde. Ya puede adivinarse el resto : la intimidad cada día mayor, y la pasión de Héctor, primeramente tímida hasta el punto de no atreverse á esperar que alguna vez pudiera agradar, el tierno agradecimiento de las dos mujeres, el alborozo del casi aterrado amante ante la inesperada perspectiva de una posible unión, y las consecuencias : inocente y delicioso idilio cuyo recuerdo apresuraba los latidos del corazón del envejecido escritor, después de un cuarto de siglo, como si todavía fuera el modesto periodista de diez y nueve años que vigilaba el transporte de sus trajes y libros á las habitaciones de su suegra, (un melancólico cuarto que daba á un patio en la extremidad de la calle Rocher), sin atreverse á creer en la realidad de su dicha.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

II

UN HOGAR PARISIENSE. — LA MUJER

En resumen, el primer período de esta unión fué para Héctor, completa y absolutamente venturoso. Este período duró unos siete años, durante los cuales el periodista adquirió su reputación y la señora Le Prieux se formó idea del trabajo de su marido, que debía tristemente influir en su común porvenir. Matilde era una de esas mujeres cuya poca inteligencia y noble rostro ofrecen tal contraste, que desconciertan al observador, sin que tenga ninguna necesidad de disimular, sobre todo si este observador las ama. Su madre, una señorita de Huguenin, era originaria de Aix en Provenza; su padre era hijo de un mediano comerciante, del Norte. Estas mezclas de sangre, tan frecuentes en las familias modernas que nadie se preocupa de ellas, producen frecuentemente por resultado, una herencia de tendencias contradictorias que se paralizan y equilibran. En esto puede que se halle la causa de la decadencia de la raza en Francia: en esta continua mezcla del norte y del mediodía, del este y oeste, con matrimonios de orígenes demasiados diversos. De su padre, Matilde había sacado el gusto de brillar, un implacable egoísmo y ese fondo de insensibilidad que caracteriza á los jugadores de toda especie, en particular á los de Bolsa. De la familia de su madre, la joven conservaba ese admirable tipo meridional que adquiere, cuando es muy puro, fineza y elegancia de medallón griego. La joven poseía abrasadores y negros ojos, en medio de un cutis de un blanco mate. Su frente, pequeña y redonda, se unía á la nariz por esa línea casi recta, tan noble, y su diminuta cabeza dejaba adivinar, bajo sus espesos cabellos negros, esa construcción de óvalo alargado en que se perpetúa la raza de ese hombre, *homo mediterraneus*, de ese ágil y fino